

Capítulo IV. Japón, Rusia y los Territorios del Norte.

Russia and Japan first met in perhaps the most remote, sparsely settled frontier of the world. Their proximity in Kamchatka and the Kuriles might be called a meeting at the end of the world. (...) While its existence made the two nations close neighbors, it did not give them a sense of shared interests or of advantageous border trade. End-of-the-world neighborliness produces a spirit different from other frontiers.

Gilbert Rozman; 1992.

1. Presentación.

Hacia finales del siglo XX, el colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) abrió a la Federación Rusa al mundo como una entidad pro-democrática y liberalista. Japón, siendo una de las naciones que tenía asuntos sin resolver con Rusia, advirtió la posibilidad de alcanzar la firma de un Tratado de Paz, convirtiéndose en uno de los primeros países en establecer relaciones con la nueva nación rusa. Sin embargo, las reminiscencias de una complicada relación histórica fueron expuestas por ambos países por lo que, inevitablemente, la posibilidad de un consenso se desvanecía.

El análisis histórico de las relaciones entre ambas naciones comprueba que los japoneses no perciben a Rusia como un buen vecino, pues han evitado el contacto directo (Rozman; 1992: 73). Las relaciones se han definido a través de contratos dudosos y, a pesar de su proximidad, escasas interacciones políticas y económicas. Esta virtual separación ha sido alimentada por las diferencias tradicionales entre ambas naciones, así como por el impenetrable pragmatismo político que ha impedido la superación de fijaciones de antaño, como lo es el conflicto de los Territorios del Norte. Así, un encuentro entre dos tipos de

tradiciones y dos formas diferentes de organización social, se convirtió en una rivalidad (Rozman; 1992: 6) que se materializaría en las continuas confrontaciones por la hegemonía en la región del Noreste Asiático a lo largo de la historia.

1.1. Ubicación geográfica.

Los Territorios del Norte –Shikotan, Habomais, Etofuru y Kunashiri-, están localizados al Norte del Mar de Okhotsk entre las fronteras de Rusia y Japón; pertenecen a un archipiélago de 36 islas pequeñas extendidas desde el sur de la península de Kamchatka, hacia la extremidad norte del Japón –Hokkaido-. Conjuntamente, las islas ocupan una extensión de 15,600 kilómetros cuadrados y tienen, actualmente, una población rusa aproximada de seis mil habitantes.

Los recursos naturales son escasos mientras un duro clima aqueja las islas con fuertes vientos que condicionan el desarrollo agrícola. Son sólo los bosques de abeto y pinabe los que se extienden en las islas de Shikontan, Etofuru y Kunashiri (FAO; 2000: <http://www.fao.org/docrep/...>). La verdadera importancia de las islas es de índole geopolítica: primeramente, su posición al sur garantiza el acceso marítimo –tanto militar como comercial- a puertos que no se congelan durante el gélido invierno ruso; en segundo lugar, son posiciones estratégicas gracias a su cercanía con Japón lo cual, a lo largo del periodo de la Guerra Fría, garantizaba a la URSS un asentamiento extraordinario a sólo unos cuantos kilómetros del principal aliado norteamericano en Asia.

2. Historia de las fronteras territoriales entre Japón y Rusia.

El aislacionismo en el que se había hundido el Japón durante largos años encontró su fin a mediados del siglo XIX, tras advertir el enorme retraso político-económico que imperaba en la isla al compararla con los países de occidente. La transformación social interna, así como incesantes problemas económicos que dificultaban el desarrollo, demandaban cambios radicales en las decisiones políticas de un Estado que, tras la delicada revaloración de sus prioridades y la inevitable imposición de un nuevo régimen de gobierno, habría de conducir al Japón al pleno desarrollo político-militar en tan sólo unos años.

En Rusia, el expansionismo zarista había crecido hasta alcanzar las costas asiáticas del Pacífico y mantenía una amenaza constante sobre Europa. El sistema monárquico absolutista concentraba el poder en manos del zar y sus allegados quienes decidieron aumentar la influencia rusa en los Balcanes y la región entre los mares Negro y Mediterráneo. La Guerra de Crimea -1853 a 1856- logró contener el expansionismo en Europa mientras en el Pacífico, un Japón temeroso y débil, buscaba consolidar lazos amistosos con la potencia europea.

2.1. 1855: Amistad y cautela.

Japón y Rusia sostuvieron su primer acercamiento diplomático a mediados del siglo XIX. Mientras que el primero buscaba salir de su letargo económico, el segundo se postulaba como una potencia expansionista tras haber alcanzado las costas del Pacífico, dominando todo el norte del continente asiático. Mediante el Tratado de Comercio, Navegación y Delimitación Geográfica –mejor conocido como el Tratado de Shimoda- que ambas naciones ratificaran en 1855, se logró un acuerdo sobre las fronteras que separarían ambas naciones. Dicho Tratado

buscaba consolidar los lazos amistosos, mientras dibujaba una ambigua separación geográfica entre ambas naciones. Como el Artículo Segundo de dicho Tratado suscribe:

la frontera entre ambas naciones, quedará entre las islas de Etofuru y Urup. La isla completa de Etofuru pertenecerá a Japón, y las islas Kuriles, ubicadas al norte de Urup [incluyendo ésta], pertenecerán a Rusia. Con respecto de la isla Sajalín, no se establecerán fronteras definitivas, ya que se espera la firma de un acuerdo posterior (MOFA; 1999: <http://www.mofa.go.jp/....>).

Se deja entonces pendiente un dictamen final con respecto de algunos territorios. Las cuatro islas que componen los Territorios del Norte –Etofuru, Kunashiri, Shikotan y Habomais- quedaban en manos de Japón, mientras Urup sería la frontera más al sur en el archipiélago ruso. Rusia entonces aseguraba rutas comerciales y puertos de cabotaje que no fuesen víctimas del congelamiento extremo que aquejaba sus costas ubicadas más al norte; no obstante, la propiedad de la isla Sajalín quedaba indefinida debido, principalmente, a los asentamientos japoneses en el sur y los rusos en el norte. Por lo tanto, el Tratado fue concluido tras negociaciones pacíficas y buscando evitar un conflicto futuro, se continuaron las investigaciones con respecto de la ocupación y usos que ambas naciones hacían de las islas para así garantizar un acuerdo equitativo.

2.2. 1875: Solución y compromiso.

Las ambigüedades que el Tratado de Shimoda postulaba fueron finalmente aclaradas en 1875 tras constantes negociaciones que se enfocaron a definir una división geográfica de la isla de Sajalín. Japón, por un lado, sugería que la división se diese en el paralelo 50 de latitud norte mientras Rusia, por el otro, prefería una

separación a través del paralelo 48 de la misma latitud por lo que una resolución final se retardó por largo tiempo (MOFA; 1999: [http://www.mofa.go.jp/...](http://www.mofa.go.jp/)). Finalmente, en la ciudad rusa de San Petersburgo, el Tratado para el Intercambio de Sajalín por las islas Kuriles fue signado por representantes de Japón y Rusia, mediante el cual acordaron que Rusia se quedaría con la isla de Sajalín a cambio de las islas Kuriles –sólo 18 islas del archipiélago-.

2.3. 1905: Triunfo y arrebató.

A principios del siglo XX, Japón había ya logrado consolidar su poderío militar y su confianza nacional se reflejaba en los ímpetus expansionistas que amenazaban la paz y la estabilidad en el este asiático. Rusia, por su parte, era sujeto de importantes movimientos obreros que apelaban a la justicia y a la equidad en el trabajo, retando así la estabilidad y continuidad de la figura zarista. El Partido Socialdemócrata –surgido en 1898 y sustentado en una fiera ideología marxista- se consolidó como el foro ideal de demandas sociales.

La ocupación japonesa de la península coreana desde 1876 no sólo resultó en la apertura de Corea al comercio japonés, sino también en su convicción de comenzar a participar directamente en el imperialismo, rivalizando con Rusia por la influencia en el continente. El expansionismo japonés desencadenaría la preocupación en occidente, especialmente en la década de 1895 a 1905 durante la que demostraría el desarrollo japonés hacia el poder mundial tanto en el orden económico, con el fortalecimiento de la organización, como en el orden político y expansivo, tras las conquistas y anexiones territoriales realizadas.

Con la decidida intención de consolidar el dominio japonés sobre los territorios chinos al sur de Manchuria, los japoneses atacaron el Puerto Arturo –bajo control ruso- en 1904, comenzando así la guerra ruso-japonesa en la que se materializaría la rivalidad entre ambos países por el dominio regional. La península de Liaotung en China se convertiría en escenario de la impresionante victoria japonesa lo que le brindaría un enorme poderío político y militar en la región.

Si bien Rusia había acordado una alianza estratégica con China –quien había perdido ante Japón el control sobre Corea- desde 1896, gracias al ambiente político interno en el que nacía y se desarrollaba la revolución socialista, no había sido capaz de lograr una movilización significativa de sus fuerzas de combate hacia la región china mientras que, por su lado, Japón había consolidado ya un ejército numeroso y de gran capacidad, como lo demostraría en su sorpresivo ataque al Puerto Arturo diezmando a las fuerzas militares rusas (Sin autor; 2000: [http://www.onwar.com/aced/...](http://www.onwar.com/aced/)).

Finalmente, el Tratado de Paz firmado en Portsmouth, New Hampshire, fue logrado tras casi un mes de negociaciones en las que en el que el entonces presidente norteamericano, Theodore Roosevelt, fungiría como mediador. Japón no sólo obtendría la mitad sur de la isla de Sajalín, sino también el control total de la península de Liaotung –incluido el Puerto Arturo- y el reconocimiento del dominio japonés sobre la península de Corea; posteriormente, el control sobre la península de Liaotung sería depuesto tras la demanda occidental –liderada por

Rusia-, lo que no dejaría contentas a las facciones militares en el Japón (Martínez; 1991: 195).

3. Segunda Guerra Mundial: origen del conflicto.

La Segunda Guerra Mundial tuvo grandes repercusiones para el desarrollo de Rusia y Japón individualmente, así como para sus relaciones. El desarrollo del militarismo en Japón, que había logrado ya extenderse en gran parte de Asia, sería cortado de tajo mientras la URSS se consolidaría como el más importante competidor de los Estados Unidos de América; un Japón derrotado sería objeto de la imposición de normas extranjeras, mientras la Unión Soviética consolidaba por sí misma una poderosa economía centralizada.

Los lazos que el Japón suscribiese con las fuerzas alemanas e italianas en occidente, así como sus políticas beligerantes y expansionistas, posibilitarían su ineficiencia tras la derrota en manos de las fuerzas aliadas, de las que la URSS formaba parte. Por lo tanto, Japón pasó así a ser un Estado derrotado y humillado mientras los soviéticos compartían la victoria con los triunfadores.

3.1. Desarrollos previos a la Guerra.

La Primera Guerra Mundial -1914 a 1918- había sido el mayor detonante para la extinción del zarismo en Rusia. El deplorable desempeño militar ruso en los frentes europeos al combatir contra Alemania, ayudó a completar la madurez de las demandas sociales internas contra el zar –encabezadas por los bolcheviques-. Los campos devastados, la producción detenida, las fuerzas productivas destrozadas y los recursos económicos agotados, herencia de la guerra, implicaron que los esfuerzos aislados de las distintas repúblicas en la edificación

económica no fuesen suficientes, por lo que el restablecimiento de la economía era imposible con la existencia separada de las repúblicas. (Sin autor; 2003: <http://www.marxists.org/espanol/...>). De esta forma, el socialismo aglutinó territorios y naciones diferentes dentro del territorio más vasto en el mundo.

Las clases sociales fueron rediseñadas pues la Guerra y la revolución, conjuntamente, habían logrado destruir la separación asimétrica que imperaba en la Rusia zarista. El Partido Comunista, tras su consolidación como líder nacional, tomó las riendas del poder; de la clase trabajadora, surgieron grupos bajo estricta disciplina militar que se convertirían en el principal medio de cohesión utilizado por el Estado mientras el campesinado se convertiría en la principal fuente de financiamiento de la reconstrucción a través de una producción agrícola explotada y dirigida por el gobierno. La burocracia centralista y el proletariado quedaron así definidos.

El gobierno de la URSS, con Lenin a la cabeza, adoptó entonces un perfil centralista pues no sólo se nacionalizó virtualmente toda la industria, sino que se ejerció también un férreo monopolio del mercado y de la economía nacional a través del decreto de políticas de austeridad enfocadas en la reconstrucción de los medios de producción y la reducción de los altos índices inflacionarios (Hosking: 1992; 73). Los campesinos, inconformes con las nuevas políticas que veían en la producción agrícola la base del nuevo desarrollo, fueron víctimas de la represión armada por parte del nuevo gobierno mientras la industria comenzaba su despegue. Estrictas políticas de austeridad y de control social –que buscaban evitar el fraccionalismo y la disidencia- fueron decretadas para sustentar el

desarrollo industrial que, a juicio del Partido, daría el impulso que el país necesitaba; las redes burocráticas estatales se comenzaron a extender por todo el territorio mientras se fortalecía el potencial económico de la nación.

Con la entrada de Stalin al poder, la URSS entraría a una nueva era pues sus cuidadosos cálculos políticos no sólo legitimarían su estricto control de la política interna, sino también abrirían paso a la URSS en el ámbito internacional. Tras desvanecer la oposición y desterrar a los disidentes, se instauraba un estricto régimen de control social que subsistiría por varios años mientras el desarrollo económico comenzó a rendir sus frutos.

Por su parte, Japón había logrado consolidarse como el mayor centro industrial en Asia al convertirse en uno de los principales proveedores de los bienes requeridos por los países europeos que participaran en la Primera Guerra Mundial. La cooperación internacional y la expansión de los negocios eran la nueva vía para la prosperidad nacional de Japón (Martínez; 1991: 214). A partir de 1912, la tendencia a la reconstrucción industrial ganaría más fuerza: los *zaibatsus*, grandes conglomerados industriales y financieros, contaban con gran influencia política en el gobierno a través de la cuál procuraban asegurar el diseño de estrategias que consolidasen su poderío. Aunado a ello, la complicidad que el Japón tendría durante la Primera Guerra Mundial con los países aliados de occidente al pelear en contra de la expansión alemana, consolidaría las fuerzas productivas enfocándolas a la exportación de los bienes requeridos por las potencias en guerra.

Al concluir la Guerra, el estrés económico que se vivió a nivel internacional alcanzaría el extremo Oriente en Asia. Al compartir la victoria con los aliados sobre Alemania –lo que aseguró la participación de Japón en foros internacionales-, se consolidaba la nueva postura internacional japonesa; sin embargo, internamente, el impacto económico que la Guerra había desencadenado –inflación de precios, escasez de bienes, etc.- atentó contra las estructuras de poder dando fuerza a las ideologías nacionalistas y anta-occidentales, enraizadas principalmente en el ejército (Martínez: 1991; 228). Poco a poco, dichas ideas se fueron transformando, dando un nuevo impulso a los postulados expansionistas y de grandeza imperial que habían estado acallados desde principios del siglo.

La organización estatal probaría ser débil ante la inconformidad social generada por el desacelere económico, mientras que la milicia se fortalecía explotando las corrientes nacionalistas y expansionistas. Para 1931, la falta de disciplina en el ejército resultaría en la conquista de Manchuria en China. El Estado, aparentemente preocupado por las faltas en las que creía haber incurrido, permitió con vacilación el avance del ejército en China tratando de distraer la atención nacional de los problemas que aquejaban el crecimiento económico. Los militares se instalaron en el nuevo Estado de Manchukuo –nombre que le dieron al territorio conquistado- en el que se concentraban las principales fuentes de producción chinas que, a partir de entonces, serían puestas bajo el control militar japonés.

Los militares encontraron en su conquista de China la mejor oportunidad para consolidar su fuerza. Cansados de depender del gobierno y de los *zaibatzus* para adquirir el capital que requerían para su sostenimiento, la facción militar tomó el control de la industria productiva desarrollando su propio *zaibatzu*, lo que evidentemente le daría más independencia de las estructuras de gobierno japonés. El paso del tiempo y la consolidación de su poderío, haría que aquéllos que planearon y dirigieron el imperio militar-industrial de Manchukuo llegaran al poder en Japón (Martínez: 1991; 229).

A partir de entonces, la política japonesa se vio contaminada por este militarismo expansionista que profesaba la unidad asiática como el modelo más deseable para el desarrollo regional. En su discurso, quedaba implícito que la jefatura sería de Japón y que sólo sería asegurada a través de la imposición de las estructuras niponas. Por lo tanto, el expansionismo militar japonés requería un nuevo reparto del mundo que, después de unirse en 1940 a una alianza militar con Alemania e Italia –a través del Pacto Tripartito-, parecía ser alcanzado.

3.2. El conflicto mundial.

En 1938, el incontenible avance alemán sobre Europa del Este mantenía al mundo occidental a la expectativa: Austria y Checoslovaquia fueron los primeros en caer mientras la Liga de Naciones no ejerció acción alguna para evitarlo –como sucedió con Japón en Manchuria en años anteriores-. Mientras Italia había logrado el domino sobre Albania, Hitler, argumentando la defensa de la población germana en los territorios conquistados, continuó su avance hasta Polonia no sin antes haber firmado un Pacto de no-agresión con la Unión Soviética –que le

permitiría a la URSS anexarse una parte del territorio polaco invadido tras la invasión alemana-.

El Pacto de no-agresión fue resultado del increíble manejo político de Stalin, quien explotaba nuevamente su enorme capacidad como estratega que le había consolidado como la cabeza del Estado soviético. Gran Bretaña, desesperada por consolidar un modelo de seguridad colectiva que contuviese el avance alemán sobre Polonia, buscó el apoyo soviético encontrando demandas un tanto excesivas; por otro lado, tras la victoria sobre Checoslovaquia y previo al ataque alemán sobre Polonia, Hitler advirtió la aparente negativa que la URSS daba al compromiso inglés, por lo que buscó también establecer un acuerdo que asegurara la neutralidad soviética. Con respecto de ello, Henry Kissinger anota:

La intención de Stalin consistía en asegurarse de que la Unión Soviética fuera siempre la última gran potencia en comprometerse, quedando así con la libertad de acción para una subasta en que se ofrecería al mejor postor la colaboración soviética o la neutralidad soviética (Kissinger; 1999: 327).

Así entonces, ante la indecisión inglesa de acceder a sus demandas y la oferta territorial que ofrecía Alemania –obtener territorios sin comprometerse en ninguna acción bélica-, Stalin favoreció la propuesta alemana.

El Reino Unido y Francia declaraban la guerra mientras Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Luxemburgo se convirtieron en las siguientes víctimas alemanas. Francia no tardó en caer, pues para junio de 1940 las fuerzas alemanas dominaban ya la capital del país. Gran Bretaña se vio entonces amenazada por constantes ataques aéreos que buscaban diezmar la fortaleza inglesa; su demanda de apoyo fue finalmente escuchada por Estados Unidos,

quien tras la derrota de Francia había abandonado su neutralidad formal y se postuló, elocuentemente, en contra de la amenaza nazi (Kissinger; 1999: 370). La resistencia inglesa –consolidada por el apoyo económico norteamericano- causó estragos a las fuerzas alemanas por lo que Hitler cesó sus ataques aéreos, enfocándose entonces en otra alternativa: una expansión hacia el Oriente.

A través del Tratado Tripartita que Alemania, Italia y Japón firmaran el 27 de septiembre de 1940, cada uno se obligaba a ir a la guerra contra cualquier país adicional que se uniera al bando británico. Hacia el sur de Europa, Italia había comenzado a avanzar sobre África –específicamente Libia y Egipto- en donde se había enfrentado también con tropas inglesas. En las costas asiáticas del Pacífico, Japón había explotado su ideología expansionista tomando ventaja del conflicto en occidente; varias de las colonias europeas del sudeste asiático, descuidadas por las potencias dominantes, cayeron en manos del Japón quien estaba ya en guerra con China desde 1937.

A pesar de estar ligado a Alemania mediante el Tratado Tripartita, Japón estableció un Tratado de neutralidad con la URSS en abril de 1941 que tendría validez por cinco años. Los estadistas japoneses consideraban más importante el asegurar su esfera de influencia en Asia tras la conquista de las islas del Pacífico y la Indochina, por lo que a través del Pacto de neutralidad buscaban asegurar la no ingerencia de la poderosa Unión Soviética en sus objetivos. Stalin, por su parte, estaba resulto a pelear en el frente europeo al lado de los aliados los que, según sus cálculos, al salir victoriosos de la Guerra asegurarían considerables

recompensas para los soviéticos, por lo que la firma de un Tratado de neutralidad con Japón no tendría consecuencias negativas para sus intereses.

3.3. Entrada soviética a la Guerra.

Alemania rompió el pacto de no-agresión germano-soviético en junio de 1941, prácticamente un año después de haber logrado la conquista francesa. El poderío militar nazi recobró la fuerza perdida tras la batalla inconclusa con los ingleses, más no por mucho tiempo; en la Unión Soviética, que se había convertido ya en aliada de las democracias occidentales (Thomson; 1997: 185), las condiciones climáticas asolaron a los alemanes que no estaban lo suficientemente preparados para enfrentar la gélida situación. La toma de Moscú fue imposible y los ejércitos soviéticos iniciaron la ofensiva y recuperación de los territorios perdidos mientras el ataque aéreo de los aliados obligaba a los nazis a dimitir.

Posteriormente, en diciembre de 1941, el bombardeo japonés de todas las bases norteamericanas y británicas a su alcance, convertía el conflicto en una verdadera Guerra Mundial pues los Estados Unidos abandonaban su tácita neutralidad al declarar la guerra a Japón –como lo harían los países de Latinoamérica, a excepción de Argentina- (Benítez y Yerena; 1998: 59). Stalin, previendo la victoria aliada, procuró asegurar sus intereses a lo largo de las negociaciones que se sostuvieron para convenir en la mejor forma de poner fin a la amenaza de las fuerzas del Eje –Alemania, Italia y Japón-.

La recuperación de Europa se convirtió en la primera meta de los aliados. Italia sería el primero en capitular cuando en 1943 las fuerzas aliadas depusieron el control itálico en el norte de África; posteriormente, Francia fue exitosamente

recuperada para 1944 mientras Alemania, tras el empuje soviético en el Oriente y el decidido ataque aliado al Occidente, capitulaba para mayo de 1945. La batalla en el pacífico continuó por algunos meses, mas la derrota evidente de sus aliados en Europa desalentó el poderío japonés que se encontraba ya listo para capitular. Sin embargo, el seis de agosto fue arrojada la primera bomba atómica sobre Hiroshima lo que no sólo lograría destruir prácticamente la ciudad completa, sino también definiría un nuevo rumbo del mundo moderno.

Dos días después de la detonación de la bomba, una segunda bomba se arrojó sobre la ciudad de Nagasaki destruyendo por completo el poco orgullo nipón restante. Ese mismo día, la Unión Soviética declaraba la guerra a un Japón evidentemente agonizante y una semana después, Japón aceptaría la Proclamación de Postdam rindiéndose, incondicionalmente, ante las potencias aliadas.

3.4. Derrota militar de Japón.

Tras la firma de los documentos de la rendición japonesa, los países aliados acordaron que el territorio japonés quedaría bajo ocupación norteamericana, mientras la isla de Sajalín y el archipiélago de las islas Kuriles quedarían bajo control soviético. Tales determinaciones fueron el resultado de negociaciones y declaraciones que las fuerzas aliadas habían convenido previo a la derrota del Japón. A continuación se anotan datos de las más importantes, así como el acuerdo que determinó la paz definitiva entre Japón y los aliados.

3.4.1. Declaración del Cairo.

En noviembre de 1943, tras la capitulación de Italia al norte de África, los líderes militares de los Estados Unidos, el Reino Unido y la República Popular China comenzaron a definir las operaciones que se canalizarían en contra de Japón. En el documento publicado un mes después de la reunión, las potencias aliadas expresaban las metas y objetivos a seguir con respecto del expansionismo japonés, por lo que deciden:

- restringir el avance japonés en Asia y procurar el castigo de sus fuertes agresiones, lo que será logrado a través de ataques contundentes por vía aérea, marítima y terrestre;
- afirmar que, al intervenir en el conflicto del Pacífico, las naciones aliadas no buscaban ganancias o beneficios propios, pues no tienen deseo alguno de expansión territorial;
- retirar el control militar japonés de los territorios del Pacífico que ha ocupado desde comienzos de la Primera Guerra Mundial en 1914, así como la reincorporación a China de todos los territorios que Japón ha tomado a través de la vía armada –Manchuria, Formosa y las islas Pescadores- y,
- convertir a Corea en una nación libre e independiente del yugo japonés (Sin autor; 1996: [http://www.yale.edu/lawweb/...](http://www.yale.edu/lawweb/)).

Cabe resaltar que el documento fue publicado sin ser firmado por ninguna de los países que formaron parte del acuerdo; de igual forma, la ausencia de la Unión Soviética en la conferencia es de gran consideración para acuerdos y anotaciones posteriores.

3.4.2. El acuerdo de Yalta.

El acuerdo de Yalta es un extenso documento en donde los líderes de la Unión Soviética, los Estados Unidos y el Reino Unido acuerdan el diseño internacional tras la inminente resolución de la Guerra en su favor. Publicado el 13 de Febrero de 1945, el documento constaba de catorce puntos y objetivos que las fuerzas aliadas se proponían adoptar tras la conclusión del conflicto mundial. Dentro de dichos puntos figuraba la propuesta de un nuevo orden mundial mediante la erección de una organización conformada por las naciones libres e independientes que formaban parte de la escena internacional, así como el rediseño y reestructuración de Europa basándose en los principios enlistados en la Carta del Atlántico, el desmembramiento de Alemania y las futuras reparaciones requeridas.

La declaración expresaba la determinación de las potencias a finalmente concluir el conflicto internacional durante los siguientes dos o tres meses con Alemania y proceder con la guerra contra a Japón en el Pacífico; la URSS, que sostenía un acuerdo de neutralidad con Japón desde 1941, fue incitada por los Estados Unidos a declarar la guerra al imperio nipón tras la capitulación germana, a lo que Stalin accedería bajo ciertas condiciones:

1. las posesiones y derechos soviéticos depuestos tras por el ataque japonés de 1904 serían restituidos:
 - a) La parte sur de la isla Sajalín, así como las islas adyacentes a ésta, deberán ser devueltas al control soviético;

- b) las bases navales soviéticas del Puerto de Darién y el Puerto Arturo deberán ser restauradas;
 - c) la URSS deberá colaborar con China en la operación y control de los ferrocarriles transiberianos en Manchuria, región sobre la cuál se deberá retomar el control chino;
2. las islas Kuriles deben convertirse en propiedad de la Unión Soviética;
 3. la URSS se comprometía a establecer un Tratado de amistad con China para asistirlo en la reconstrucción al sobreponerse del yugo japonés (Sin autor; 1996: <http://www.yale.edu/lawweb/avalon/wwii/yalta.htm>).

Lo anterior fue acordado en una discusión secreta en la que fue excluido el representante del Reino Unido, Winston Churchill, y representa la decisión menos comprensible de Franklin Roosevelt –presidente de los Estados Unidos- en Yalta pues, evidentemente, devolvía a Moscú su papel predominante en Manchuria que había perdido tras la Guerra ruso-japonesa de 1904 (Kissinger; 1995: 401).

3.4.3. Proclamación de Postdam.

El 26 de julio, cinco meses después de la reunión en Yalta, los presidentes de los Estados Unidos y China, conjuntamente con el premier británico, reafirmarían el compromiso adquirido en el Cairo. Postdam, Nueva York, ofrecería el marco para el nuevo encuentro. Cabe aquí resaltar la ausencia de la Unión Soviética quien, hasta ese momento, no había entrado aún en guerra con Japón –la declaración formal fue hecha hasta el 9 de agosto-. El 14 de agosto, la Declaración pasaría a convertirse en la base que los aliados demandarían de la rendición japonesa; Dentro de sus trece puntos, la Declaración principalmente exige:

- la derrota incondicional japonesa;
- que los términos de la Declaración del Cairo sean puertos a efecto, mientras que la soberanía japonesa se limita a las islas de Honshu, Hokkaido, Kyushu, Shikoku y otras islas menores;
- el desarme de las fuerzas japonesas y su regreso pacífico a territorio japonés;
- que el gobierno japonés remueva todo obstáculo al surgimiento y fortalecimiento de la democracia y los derechos humanos;
- la reactivación de la industria japonesa para generar los montos necesarios para cubrir las reparaciones de guerra;
- el retiro de las fuerzas de ocupación una vez que los objetivos anteriores hayan sido logrados (Sin Autor: [http://www007.upp.so-net.ne.jp/togo/...](http://www007.upp.so-net.ne.jp/togo/)).

3.4.4. Conferencia y Acuerdo de Paz de San Francisco.

Después de 1945, pasaron prácticamente seis años para que Japón lograra consolidar un Tratado de Paz con las potencias aliadas mientras varios sucesos que se desarrollaron en Asia hicieron que la firma de un Tratado de Paz entre Estados Unidos y Japón fuese urgente -la victoria comunista en China en 1949, la alianza chino-soviética firmada en febrero de 1950 y el desencadenamiento de la guerra de Corea-. Para septiembre de 1951 en San Francisco, California, las potencias victoriosas de la Segunda Guerra Mundial se reunían con representantes japoneses. Tras la Conferencia se consolidó un Tratado de Paz que no sería del completo agrado para la Unión Soviética, China e India. Particularmente, la URSS no aceptó firmar el Tratado ya que, entre otros motivos,

la posesión soviética del sur de la isla de Sajalín, las islas Kuriles y los Territorios del Norte, no fue explícitamente reconocida dentro de dicho documento (MOFA; 1999: [http://www.mofa.go.jp/...](http://www.mofa.go.jp/)). Debido a que el Tratado de Paz estipulaba que el alcance legal del mismo abarcaba únicamente a los Estados firmantes, la URSS y los demás Estados no firmantes se comprometían a pactar uno en próximas negociaciones.

No obstante, el Tratado de Paz con Japón fue firmado por 49 naciones quienes, entre los varios puntos que conforman el Tratado, reconocían:

- terminar el estado de guerra que se sostenía con el Japón;
- la reducción de las fronteras japonesas;
- la no imposición de reparaciones de guerra por parte de Japón;
- un rearme japonés limitado, etc. (Sin Autor; 2003: <http://www.taiwandocuments.org/sanfrancisco01.htm>).

3.5. Ocupación soviética de los Territorios del Norte.

Como se ha mencionado anteriormente, tras la derrota de Japón todos sus territorios fueron ocupados por las fuerzas aliadas quienes habían convenido que el propio Japón quedaría bajo la tutela norteamericana, mientras Formosa y Manchuria regresarían a manos chinas, y la isla de Sajalín y el archipiélago de las Kuriles quedaban para los soviéticos (MOFA; 1999: [http://www.mofa.go.jp/...](http://www.mofa.go.jp/)). La interpretación de los documentos y acuerdos que serían signados tras la derrota japonesa son uno más de los motivos del conflicto territorial que se desarrolla entre ambas naciones por lo que a continuación se anotan ambas perspectivas con respecto de ello.

3.5.1. Perspectiva soviética.

Las fuerzas soviéticas ocuparon la isla de Shimushu y el archipiélago de las Kuriles el 18 de agosto de 1945; para el día 27 del mismo mes, la ocupación soviética llegaba hasta Urup, antiguo límite fronterizo entre Japón y la URSS. No obstante, para el tres de septiembre, las tropas soviéticas llegaron hasta Etofuru, Kunashiri, Shikotan y las islas Habomais, los llamados Territorios del Norte (MOFA; 1999: <http://www.mofa.go.jp/...>).

De acuerdo con las interpretaciones soviéticas de la época, los Territorios del Norte formaban parte del archipiélago de las Kuriles y no representaban parte integral del Japón por lo que, en 1946, a través del Decreto de Presidium Supremo Soviético, la URSS incorporó todos los territorios ocupados a su territorio a través de la creación formal de la provincia de Sajalín.

3.5.2. Perspectiva japonesa.

Tras su derrota, los japoneses abandonan los territorios que habían sido tomados por la fuerza y dibujan sus fronteras de forma idéntica a las de 1854 (Ocaña; 2003: <http://www.historiasiglo20.org/...>). Ya de ello que los japoneses consideraran que los Territorios del Norte formaban parte del territorio japonés original y no del archipiélago de las Kuriles, como la URSS argumentaba. Es por ello que Japón considera la ocupación de los Territorios del Norte como una incorporación ilegal por parte de los soviéticos y pone especial énfasis en la injusta deportación de los más de 17,000 habitantes japoneses que ocupaban dichos territorios anteriormente.

3.6. Reanudación de las relaciones.

Japón y la Unión Soviética entablaron las primeras negociaciones entre junio de 1955 y Octubre de 1956; la meta fue la de conseguir la firma de un Tratado de Paz definitivo. El reclamo japonés por los derechos de posesión de Etofuru, Kunashiri, Shikotan y las Habomais fue determinante; sin embargo, la posición soviética sólo accedía a regresar a manos japonesas el control de Shikotan y las Habomais por lo que las negociaciones no alcanzaron una resolución definitiva ya que Japón no tomaría la oferta ofrecida (MOFA; 1999: <http://www.mofa.go.jp/region/...>).

En vista de las diferentes perspectivas de ambas partes, las negociaciones terminaron con la Declaración Conjunta Soviético-Japonesa que suscribía la terminación del estado de guerra entra ambas naciones al sugerirles reasumir relaciones diplomáticas con el objetivo de consolidar el Tratado en el futuro, como lo suscribe el Artículo 9 de dicha Declaración:

Japón y la Unión de Repúblicas Socialista Soviéticas convienen en continuar, tras la restauración de las relaciones diplomáticas normales entre ambas naciones, las negociaciones para la conclusión de un Tratado de Paz (MOFA; 1999: <http://www.mofa.go.jp/...>).

No obstante, el régimen totalitarista soviético jamás reconoció la existencia de un conflicto territorial, y juzgaba las demandas japonesas como injustas ya que buscaban comprometer parte del territorio soviético para la concertación final de un Tratado.

4. Relación Japón-Estados Unidos.

Los norteamericanos tomaron por su cuenta el ejercicio militar, político y administrativo de la ocupación aliada en el Japón (Lozaya y Kerber: 1991, 247). Si

bien la ocupación efectiva sólo duró siete años -1945 a 1952-, esculpió el perfil del Japón moderno condenándolo a permanecer como un aliado estratégico de los norteamericanos en la región asiática. Estados Unidos determinó los lineamientos básicos de la política a seguir durante la ocupación, aspectos que marcaron de sobremanera el rumbo de la política moderna en el Japón. Entre dichos lineamientos destacaron: la creación y preservación de organizaciones democráticas y representativas; la consolidación de una economía que le permitiera satisfacer las necesidades imperantes de reconstrucción y el asegurar que el Japón no volviese a convertirse en una amenaza por lo cuál se debía desarmar y desmilitarizar completamente (Hook et. al.: 2001, 85).

4.1. Implicaciones.

La posterior promulgación de una Constitución dejaría en claro los objetivos norteamericanos en el Japón. Con ésta, se consolidaba en la figura imperial la cohesión necesaria para el cambio político mientras se fundamentaba la igualdad y la democracia como fuerzas impulsoras del engrandecimiento económico; así, la erradicación del autoritarismo y la democratización de las estructuras japonesas, fue el resultado directo de la ocupación norteamericana (Lozaya y Kerber: 1991, 248). De igual forma, con la firma del Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón en 1951, donde el primero asumía el compromiso de defender al segundo quien permitía el estacionamiento permanente de fuerzas norteamericanas en su territorio (Hook et. al.: 2001, 14), ambas partes quedaron atadas en una relación de dependencia en materia de seguridad lo que, debido al conflicto ideológico que los norteamericanos habrían de sostener

con la Unión Soviética, le implicaría al Japón una separación tácita de su vecino soviético.

El nuevo perfil anticomunista del Japón retrasó su ingreso a diversos organismos internacionales, como lo reflejó el veto soviético tras su solicitud de ingreso a la Naciones Unidas (Lozaya y Kerber: 1991, 261), así como la extensión de sus relaciones comerciales con naciones de perfil socialista; sin embargo, si bien logró la posterior normalización de relaciones con sus vecinos comunistas, la resolución de algunos conflictos territoriales sigue aún incompleta.

5. Guerra Fría: deseos e ilusiones.

Los problemas entre Japón y la URSS se profundizaron a lo largo del periodo conocido como la Guerra Fría ya que Japón permaneció bajo la influencia norteamericana, lo que le implicó que cualquier acercamiento con los soviéticos fuese duramente condenado por su aliado occidental. La garantía de seguridad en el Noreste asiático descansó entonces sobre la balanza de poder que los Estados Unidos de Norteamérica y la URSS sostenían.

La URSS era entonces el Estado más poderoso de mayor proximidad a Japón, además de ser el único con rasgos culturales ajenos al Japón (Mendl, 1998: 52); ya de ello que los políticos japoneses dudaran de las intenciones rusas ya que, difícilmente, compartían algún rasgo con ellos. En los años subsecuentes la arrogancia soviética, alimentada por el desarrollo de su poderío militar, se enfrentaba con el orgullo japonés, reforzado por su éxito económico; Gilbert Rozman conviene en definir las reacciones japonesas bajo el concepto de

“Rusofobia”, pues se distinguían por una fuerte aversión e indiferencia ante los soviéticos (Rozman, 1992: 92-93).

Esta actitud de indiferencia se desarrolló con base en dos mecanismos: un nacionalismo tradicional, que ante el desorden internacional se mostraba orgulloso y narcisista y la intención de “normalizar” las fuerzas militares del país. Así, los problemas territoriales con la Unión Soviética se veían opacados por las políticas de consolidación de seguridad nacional (Rozman; 1992: 99). La rígida política japonesa se mantendría, por lo que no hubo progreso alguno en las relaciones Ruso-Japonesas mientras Moscú se mostraba más preocupado por normalizar relaciones con su adversario ancestral en Occidente, los EE.UU., por lo que prestaba poca atención a las demandas japonesas, acrecentando así el sentimiento de subestimación. A pesar de ello, hacia finales de la década de los ochentas, era ampliamente asumido que una solución al problema territorial podría ser encontrada una vez que la Unión Soviética realizara un trato con Japón que suscribiera el intercambio de por lo menos una de las islas a cambio de asistencia económico-financiera; sin embargo, si bien algunos tratados fueron concretados, ninguno de ellos hizo referencia a la disputa por las islas, por lo que la Guerra Fría acentuaba así el antagonismo histórico entre ambas naciones (McDougal, 1997: 123).

Tras la promulgación de la Declaración Conjunta Soviético-Japonesa en 1991, los rusos admitieron tácitamente las exigencias japonesas en la cuestión territorial (Mendl; 1998: 55), aunque cada vez que Moscú proponía una agenda de charlas bilaterales enfocadas a la cooperación previo a la resolución del conflicto

territorial, los estadistas japoneses, ansiosos de aplicar máxima presión para el regreso de las islas, insistían que dicho conflicto debía ser el primero en la agenda (Rozman; 1992: 15).

6. Desmembramiento de la URSS: ¿Oportunidad perdida?

Las interpretaciones académicas se mantenían predominantemente escépticas (Mendl, 1998: 58, Rozman; 1992: 224); no obstante, cuando en 1991 la URSS se disuelve y la Federación Rusa se convierte en una nación independiente, se presenta una excelente oportunidad para resolver la imperante disputa territorial y, al mismo tiempo, asegurar la firma de un Tratado de Paz formal. No obstante, al remover los límites que las estructuras de Guerra Fría crearon, el potencial para un escalamiento incontrolable de violencia de los conflictos locales ante la ausencia de limitantes externos crecía (Mendl, 1998: 51), especialmente desde que la recién nacida Rusia desarrollaría una postura anti-japonesa, profundamente enraizada en su herencia soviética.

La Federación Rusa heredaría los compromisos políticos y económicos de la extinta Unión Soviética y se apropiaría todos los territorios soviéticos del Pacífico. Japón se apresuró a entablar relaciones con la recién creada Federación Rusa con el deseo de resolver los conflictos que habían distanciado por largos años a ambas naciones; sin embargo, los líderes rusos no cederían en la disputa territorial por lo que Japón dudó en comprometerse en diversos planes de cooperación y reconstrucción económica sin antes obtener la afirmativa rusa (McDougal; 1997: 125).

Es aquí necesario tener en mente el éxito económico japonés, así como el débil estatus que Rusia sostenía dentro de la escena internacional lo que se tradujo, a partir de entonces, en relaciones asimétricas entre una creciente superpotencia económica y un frágil Estado en vías de desarrollo. Ejemplo claro de ello sería el comportamiento japonés que, en oposición a los extensos programas de ayuda económica a Rusia de 1992, participó en el encuentro del Grupo de los Siete (G7) en Munich donde, exitosamente, logró la inclusión de una referencia a la disputa territorial en la Declaración resultante de dicho encuentro (McDougal; 1997: 130).

A pesar de la ausencia de una resolución definitiva del conflicto territorial, Japón canalizó algo de la ayuda económica prometida lo que, evidentemente, representaba el abandono de la política de “*expansión balanceada*” que Japón pregona, ya que la ayuda fue garantizada sin ser “balanceada” con una respuesta positiva a la cuestión territorial (Hasegawa; 2000:168-169). Tal decisión se logró gracias a que los estadistas japoneses estaban convencidos de que dicha ayuda posibilitaría la estabilización rusa, lo que a cambio satisficaría el interés japonés al largo plazo; no obstante, esta actitud positiva no hubo de durar por mucho tiempo. De igual forma, la política rusa hacia Japón estaba llena de contradicciones pues Boris Yeltsin, antes de convertirse en el presidente ruso, visitó Japón y propuso el “Plan de Cinco Puntos” que buscaba la resolución de la disputa territorial; dicho plan se avocaba al (McDougal; 1997: 129):

- reconocimiento de la disputa territorial por parte de Rusia;
- educación de la opinión pública rusa con respecto del conflicto;

- el establecimiento de una zona de libre comercio entre ambas naciones;
- la desmilitarización de las islas;
- la conclusión final de un Tratado de Paz.

No obstante, una vez a la cabeza de la nación rusa, Yeltsin expresó su deseo de resolver la cuestión territorial únicamente basándose en términos de “ley y justicia” (Hasegawa; 2000: 171) por lo que ponía en duda las verdaderas intenciones rusas, haciendo que los políticos japoneses dejaran ver nuevamente su negativa a seguir posponiendo el arreglo territorial.

Posteriormente, Yeltsin visitaría Japón de nuevo en 1993, ganando esta vez la aceptación japonesa al ofrecer disculpas públicas por los malos tratos dados a los prisioneros de guerra al término de la Segunda Guerra Mundial (McDougal; 1997: 132). Sin embargo, durante su visita no dio señales de que sería posible alcanzar un acuerdo que ligara la disputa territorial a la ayuda económica que Japón podría canalizar a su país (Hasegawa, 2000: 181). A pesar de ello, ambos gobiernos promulgaron la Declaración de Tokio, a través de la cual se comprometían a negociar un arreglo con respecto de la pertenencia de las islas basándose en evidencias históricas y legales. A partir de ello, Shigeki Hakamada advierte que, gracias a la ambigüedad de los enunciados que la Declaración proponía, cada una de las naciones los interpretaba conforme a sus ilusiones; por un lado, la ilusión para los japoneses era la confianza en que un arreglo benéfico sería alcanzado, pues la Declaración consolidaba la postura política japonesa; por otro lado, la ilusión rusa se construyó sobre el supuesto de que el problema territorial podría dejarse nuevamente de lado gracias a la

Declaración, lo que garantizaría que las relaciones bilaterales, en todos sus niveles, comenzaran a desarrollarse (Hakamada; 2000: 229).

La interpretación de la Declaración de Tokio variaba conforme los años pasaban. Los estadistas japoneses enfatizaban la importancia que la pronta resolución de la disputa territorial tendría para la firma definitiva de un Tratado de Paz mientras que, por su parte, los rusos esperaban que aunque la cuestión territorial siguiese inconclusa, la ayuda económica y la firma de un Tratado de Paz serían finalmente alcanzados. Estancadas ante tales ideas, ambas naciones convinieron en 1998 en la creación del “Comité Ruso-Japonés para la Conclusión de un Tratado de Paz” a través de la Declaración de Moscú (MOFA; 1999: <http://www.mofa.go.jp/...>), institución en la que, aparentemente, se consolidaban las buenas intenciones; sin embargo, el Comité enfrentó la negativa política del Japón a comprometerse en grandes acuerdos, así como la negligencia de la política rusa pues sólo se logró una mínima cooperación económica, dejando el conflicto territorial una vez más de lado (Hakamada, 2000: 248-251).

Las malas relaciones entre ambas naciones se hicieron evidentes cuando Rusia logró su entrada al G7 a pesar de la negativa japonesa, posición que le fue difícil de mantener pues el resto de los países miembros del grupo estaban decididos a canalizar importantes sumas de ayuda económica a Rusia y percibían la actitud japonesa como egocéntrica (Hook et. al.; 2001: 353-354). Así, la presión externa obligó a que los intereses japoneses quedaran de lado mientras que, al mismo tiempo, la esperanza de que el apoyo de sus compañeros del G7 garantizara la pronta resolución del conflicto territorial, se desvanecía.

Como ya se ha mencionado, tras la caída soviética se predecía que la súplica por ayuda económica por parte del pueblo ruso podría ayudar a mejorar las relaciones con Japón; sin embargo, al mismo tiempo que Vladimir Putin emergía de la derecha rusa como el nuevo Presidente en el 2000, el nacionalismo ruso se enaltecía pues su plataforma política buscaba engrandecer el prestigio del Estado a través de la preservación de la unidad territorial lo que trabajaría en contra de los intereses del Japón. Si bien los políticos japoneses juzgaron incorrecto el ejercer fuerte presión sobre Putin, determinaron que si Rusia continuaba manteniendo el conflicto territorial fuera de la agenda bilateral por más tiempo podría lograr que los buenos sentimientos japoneses se redujeran en extremo (Hiroshi; 2001: 33). La derecha nacionalista se establecía entonces a la cabeza de la Federación Rusa mientras, nuevamente, Japón observaba la soberbia de sus diplomáticos cada vez que se mencionaba la disputa territorial entre ambas naciones; así, la frustración nipona se anteponía a las negociaciones y los acercamientos previos perdían fuerza tras la indiferencia rusa.

Es aquí prudente recapitular los obstáculos que el nacionalismo ha impuesto a la pronta resolución del conflicto territorial. En primer término, los sentimientos nacionalistas, enraizados en un conflicto histórico así como en la creencia de que las islas poseen importantes recursos naturales, son razón fundamental de la disputa (Valencia; 2000: 2). Técnicamente, la mayor importancia de las islas para Rusia es su posición estratégica como enclave en el Pacífico que garantiza el libre paso de la marina mercante y militar a puertos rusos que no se vean diezmados por los hielos durante el largo invierno;

geopolíticamente, su importancia se puede identificar en su considerable cercanía al Japón –sólo treinta kilómetros de distancia- donde los asentamientos militares norteamericanos eran monitoreados muy de cerca por las fuerzas soviéticas. No obstante, el final de la Guerra Fría sólo dejó en el abandono a la población rusa de los Territorios del Norte y los beneficios geopolíticos que las islas ofrecen carecen ya de importancia.

Las corrientes nacionalistas rusas hacen imposible que un simple arreglo de compra-venta de las islas sea aceptable ya que sería políticamente peligroso para el actual gobierno ruso; de igual forma, sería totalmente reprobable para la opinión pública japonesa que su gobierno adquiriese las islas por la vía económica cuando éstas han sido arrebatadas del Japón en forma injusta y ventajosa tras su derrota militar de la Segunda Guerra Mundial (Mendl; 1998: 59-60). En este caso en particular, la expansión regional de la democratización sólo ha terminado por agravar la disputa pues, al deber los gobernantes su posición al electorado que les legitima, las facciones partidistas sólo explotan el conflicto en su beneficio (Valencia; 2000: 1).

En resumen, tras la disolución de la URSS, las posibilidades de obtener una resolución pacífica del conflicto no han mejorado a pesar de que el diálogo se ha tornado menos hermético (Mendl; 1998: 56). La escena internacional ha cambiado y la Federación Rusa intenta retomar el lugar de la extinta Unión Soviética no sólo como un heredero moral, sino como un nuevo actor que ha de enfrentar las obligaciones internacionales de su antecesor. En su búsqueda por reconocimiento y apoyo económico, Rusia hubo que acercarse al Japón mas, sin

duda alguna, la ausencia de un Tratado de Paz entre ambas naciones se convirtió en el mayor obstáculo que se tenía para lograr un acercamiento positivo. Sin embargo, la era de la post-Guerra Fría ha presenciado constantes intentos de resolver la cuestión territorial, así como la obtención de una firma definitiva de un Tratado de Paz, mas un problema permanece en la agenda: los políticos japoneses no tienen una estrategia definida hacia Rusia que trascienda la disputa territorial (Hakamada; 2000: 251), aunque la continua creación de instituciones destinadas a normalizar las relaciones –y a la firma definitiva de un Tratado de Paz- ofrece a ambas partes mejores foros para la búsqueda de una resolución.

Por lo tanto, el conflicto territorial es el principal motivo por el cual ambas naciones no han podido lograr la firma de un Tratado de Paz mientras las corrientes nacionalistas que, al encontrar fuerza en el antecedente histórico de sus relaciones, obstaculizan los acercamientos productivos. No obstante, conscientes de las necesidades que Rusia tiene como un país debutante dentro de un escenario internacional interdependiente y globalizado, así como de la ayuda que Japón puede prestar para la reestructuración de dicha nación, aparenta ser posible que un acuerdo sea alcanzado tras un arreglo o tratado que implique una aportación económica japonesa a Rusia, pasando por alto las exigencias de la opinión pública así como las fijaciones históricas.

No obstante, la desaceleración económica que el Japón ha experimentado en los últimos años, pone en duda el uso de este comodín japonés; asimismo, la plataforma política nacionalista que Putin ha convenido muestra, aparentemente, un serio compromiso con la unidad territorial rusa. Así, la resolución final de la

disputa de los Territorios del Norte es uno de los temas más complicados a discutir actualmente debido a las penosas relaciones que ambas naciones han sostenido.